

El lenguaje de la experiencia

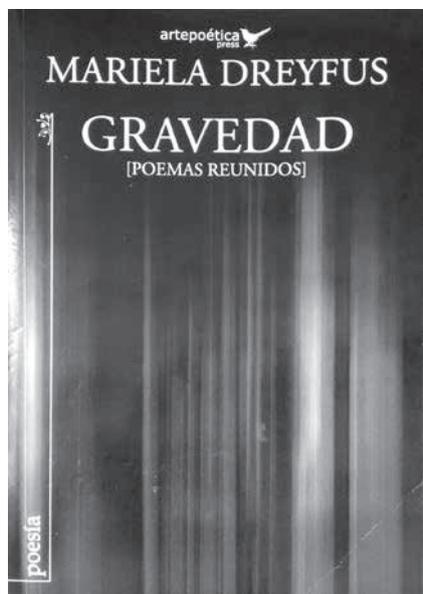
DANIELA RAMÍREZ

La poesía de Mariela Dreyfus sacude filamentos profundos de la existencia humana. Hay algo en esta que altera el orden de las cosas y que, a la vez, presenta el caos como parte necesaria de un cosmos: el transcurrir de la vida con sus altos y bajos. Cuerpo, mente y corazón son una misma amalgama que da vida a una historia narrada a través de experiencias imprescindibles.

La última entrega de Dreyfus, *Gravedad*, no es la excepción. Aquí se encuentran reunidos seis poemarios escritos a lo largo de tres décadas. Un libro que recorre toda la obra de Dreyfus, desde sus inicios adolescentes en los años ochenta hasta los poemas en los que trabaja hoy: una remembranza de los años juveniles. En *Gravedad*, el personaje principal es la experiencia del lenguaje y, a través de este, podemos navegar por mares en donde lo femenino se gesta o nace de las experiencias fundamentales en la vida de una mujer.

El primer poemario, *Memorias de Electra* (1984), es un libro impetuoso y cargado de rebeldía, un juego del lenguaje que cuestiona el mundo establecido y machista a través de la toma de armas —las palabras— para expresar aquello que se consideraba impuro, no apto para «señoritas». El descubrimiento del sexo y el de su propio cuerpo; la aventura de saber que existe una vida libre más allá de la casa familiar, de la figura del padre —elemento transversal a los poemas de este libro—, son los temas principales. Versos cortos e inmediatos, conscientes del placer animal que nos envuelve cuando copulamos.

En el segundo y tercer poemario, *Placer fantasma* (1993) y *Ónix* (2001), respectivamente, el yo poético continúa con una voz similar que solo cambiará al llegar a *Peç* (2005). Aquí vemos un cambio significativo en la poesía de Dreyfus algo que no se ve en los dos poemarios anteriores, libros en donde la autora narra el encuentro del amor en el primero y el des-encuentro con este en el segundo. El tono cambia con respecto a *Memorias de Electra*, y deja la inmediatez y la corporalidad para sumergirse en aguas emocionales sin dejar de lado el goce animal: «Siempre seré tu mujer. / No hay sumisión en esta entrega. / Las caderas que dócilmente se curvan / son mías y



Gravedad

Mariela Dreyfus
Artepóetica Press
USA, 2017
292 pp.

no. El roce es lento.» (p. 94), dice en el poema «Confesión» de *Ónix*.

En *Peç* estamos ante una autora compleja, con un mayor bagaje de herramientas lingüísticas, un hilo narrativo más sólido y una musicalidad que va a continuar *in crescendo* hasta llegar a ser un concierto en *Cuaderno músico* (2015). Las imágenes potentísimas acompañan los fluidos y las formas en una canción que gesta, guarda y anida: «En mi casa interior te tejes protegido del sol te tejes inventando tu forma cauto tejes» (p. 142). Una mirada intrauterina, dos cuerpos que en uno solo bailan y esperan el momento: «Ahora tú y yo juntos hemos de remontar el río de la muerte / Mi cuerpo dispuesto al sacrificio se tiende en esta ara de metal que es la camilla helada en su quietud pero ardiente en el fluir que recorre mis piernas» (p. 155). Somos testigos oculares de todo lo que sucede.

El siguiente poemario, *Morir es un arte* (2010), es un libro profundamente conmovedor, que toca fibras en todo aquel que ha perdido a un ser querido, el que ha asistido a su lenta agonía: «Como

un rugido de viento o quizás / como una rueda que se atasca en el molino o más aún / como una piedra seca ya sin lluvia» (p. 197). Los versos cambian: se vuelven más narrativos, se densifican y oscurecen para dar cuenta de la fugacidad de la vida y del dolor de perder a alguien cercano. El arte de morir pasa de generación en generación para ser testigo de la evolución de la vida.

Con *Cuaderno músico* (2015), asistimos a un concierto narrativo. El verso es canción y el ritmo es historia. Al juego del lenguaje se ha sumado la necesidad de contar estampas en la vida de la autora: «Papá cree que sentado ante la tumba de mamá / ellos conversan. Le lleva flores despliega / su sillita le cuenta de sus días sin ella tendida / bajo tierra él la imagina idéntica como antes» (p. 240). Momentos distintos unidos por una musicalidad similar que termina con una gran melodía: «en el teclado yo» (p. 246). Aquí escuchamos a una voz sólida y lograda, que va más allá del lenguaje por el lenguaje y que se convierte en experiencia.

Gravedad termina con algunos poemas inéditos, pero no menos importantes y un libro en proceso, *La edad ligera*, en el que percibimos una voz aún más cuajada y mucho más narrativa que retorna a los momentos universitarios de juventud y locura, pero con ojos distintos a los de *Memorias de Electra*. Un acercamiento anecdótico a esos días de poesía, hierba y alcohol en que Dreyfus, junto con su patota, buscaban romper con todo. Cada poema es un pequeño relato, una anécdota, el retorno a la ágil levedad de la primera juventud.

Gravedad no es una reunión de poemas. Es una larga canción que acompaña los momentos más significativos en la vida de una mujer. Con el pasar de los años se podrá leer con la misma sensibilidad porque narra momentos que tendrán siempre el mismo peso, la misma gravedad y que se sucederán infinitamente de mujer a mujer, porque de eso se trata, de transitar por una experiencia que no es nuestra, pero que lo es, que nos envuelve y nos hace partícipes de ese tono confesional que marca la obra de Mariela Dreyfus.